



se

MATHIAS ÉNARD

El alcohol y la nostalgia

Lectulandia

Una llamada en plena noche interrumpe el sueño de Mathias. Es Jeanne, que le informa de la muerte de Vladimir. Esa misma noche, Mathias parte hacia Moscú para reencontrarse con su antigua amante. Inmersos en el dolor del duelo, en el corazón de una ciudad perdida —un vasto terreno habitado por sombras—, los viejos amantes se reencuentran durante un instante en torno a los restos de su amigo. Después Mathias se embarca con su silencioso amigo a bordo del transiberiano en un viaje rumbo a su pueblo natal para enterrarlo. Un viaje de tres mil kilómetros en el que se suceden paisajes y recuerdos del complejo y feroz triángulo amoroso. Una historia de amor que tuvo a los tres amigos como protagonistas en los dudosos escenarios de la capital rusa, siempre envueltos en volutas de opio. En este relato se conjugan la historia política y cultural rusa: la guerra civil de Trotski, los gulag de Shalamov, los 'primeros honorarios' de Isaac Babel. Un texto donde se entrevén las sombras de Dostoievski, Axiónov y Gógol, así como Chéjov, que se vanagloriaba de que, frente a la muerte, no queda más que el alcohol y la nostalgia.

Lectulandia

Mathias Enard

El alcohol y la nostalgia

ePub r1.0

Titivillus 14-09-2019

Título original: *L'alcool et la nostalgie*
Mathias Enard, 2011
Traducción: Robert Juan-Cantavella

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

El alcohol y la nostalgia es la adaptación más o menos fiel de una ficción radiofónica de cien minutos de duración escrita en el Transiberiano entre Moscú y Novosibirsk, y emitida por France Culture en julio de 2010. En su reparto original, este *hörspiel* contó con la participación de los actores Julie Pouillon y Serge Vladimirov, y con la realización de Cédric Aussir. Este viaje —el de verdad— fue posible gracias a Cultures France, en el marco del Año Francia-Rusia.

—Exageráis, querido amigo. Es más, os equivocáis. Por más que busquéis no encontraréis nada. Esa famosa alma rusa no existe. Lo único tangible es el alcohol, la nostalgia y el gusto por las carreras de caballos. Nada más, os lo aseguro.

ANTÓN CHÉJOV,
La diligencia de Tver

A Jeanne, dondequiera que esté

MOSCÚ

Eres un traidor, Vladímir, no bebes, ni una sola gota, cabrón, a pesar de los kilómetros de abedules quemados y esas voces roncadas gritando que vamos a morir. Después de haber visto Moscú me haces esto, callarte, demasiado ebrio, puede que emborrachado por la vida te hayas dejado ir, mientras el tren llega precisamente a Vladímir: tengo una historia que contarte, Vlado, la escuché en Moscú, ya sabes, esa ciudad familiar y gris, con sus coches, las sorpresas de los bulbos de oro, flores amistosas que chorrean lluvia. Decididamente, el viaje no es nada. Todo se parece a todo. Ese hotel soviético donde dormí ayer, con su cama de ochenta centímetros de ancho, su nevera vacía vibrando toda la noche, esas cortinas floreadas, la moqueta manchada y el papel pintado del color del culo de un mono, ni ganas daban de volver a acostarse. Trato de imaginar este lugar bajo el sol; seguro que sería todavía peor. Tengo que acostumbrarme. Un viajero debe acostumbrarse, dicen. Una disciplina, una práctica. Volodia, creo que no estoy hecho para viajar, ni siquiera contigo. Lo único que me interesa es la perspectiva de la amistad, del encuentro, pero por otra parte sé que eso no siempre está al alcance del viajero. La Patagonia, solo la Patagonia conviene a mi inmensa tristeza. Mentiras y nada más. Tú sabes a qué me refiero, la soledad y el aburrimiento de una habitación de hotel, donde no tienes nada que hacer, donde no haces lo que deberías hacer, dormir, beber, leer o escribir obras inolvidables. Nada de todo eso. El corazón templado de Moscú late en su ataúd de lava. ¿Cuántas horas me quedan por perder? Al llegar del aeropuerto he visto el monumento que señala el límite del avance alemán camino de Leningrado, dos caballos de Frisia gigantes para detener los desmesurados carros de la memoria.

Еще не умер ты, еще ты не один...

Esas llamadas telefónicas que todos tememos en plena noche, a las tres de la mañana, despertado por la sintonía de mi móvil, reconocí un número ruso, Moscú, no era el de Jeanne. Durante un segundo pensé que había tenido un

accidente, que me llamaban para decirme que estaba muerta, miré la pantalla del aparato, al final respondí, justo antes que el contestador automático, reconocí su voz, diga, yo también dije diga, ¿diga?, ¿diga?, ¿Jeanne? Mathias, dijo ella, y nada más, sí, soy yo, qué sucede, ¿te pasa algo?, ella respondió que no, tuve que repetir su nombre unas diez veces, ¿Jeanne?, ¿Jeanne? Pensé que estaría ebria y de repente le apetecía llamarme en medio de la noche, pero ella no decía nada, nada en absoluto, ni una palabra, yo no oía más que una respiración, ella estaba allí pero guardaba silencio. Al final me puse nervioso, le dije Jeanne, son las tres de la mañana, si no dices nada te cuelgo, y tras un buen rato se limitó a respirar de nuevo: es Vladímir. Y eso es todo, no valía la pena añadir nada más, me zambullí en el silencio.

Ocho días más tarde estaba en Moscú, donde no reconocía nada; había una nueva terminal en el aeropuerto de Sheremétievo, tenía la impresión de haberme equivocado de país. Jeanne me estaba esperando en la estación Belorusskaya, que yo tampoco conocía. Estaba lloviendo.

Ya no me acuerdo de en qué preciso momento tomé la decisión de hacer este viaje, de llevarte hasta Siberia, pero en Moscú, la ciudad de los mil tres campanarios y de las siete estaciones, yo temblaba bajo la llovizna cogido de la mano de Jeanne; ella estaba pálida, frágil, los ojos perfilados, con un olor a éter en el aliento, a vodka o medicamentos.

—¿Qué tal? ¿Se te ha hecho muy largo?

—El avión siempre se hace largo —le dije—. Tenía prisa por verte —le mentí.

—Yo también.

—¿Qué tal?

—No muy bien, la verdad, hace una semana que no duermo. Todo el tiempo pienso en él.

—Yo tampoco. No me va demasiado bien. En la maleta llevo más pirulas que ropa.

—Llevas una maleta muy pequeña.

—No voy a quedarme mucho tiempo. Por cierto, tengo algo que decirte: he reservado habitación en un hotel.

—Ya... ¿seguro que no prefieres venir a mi casa?

Lo dijo con una voz neutra, como si en realidad no le importase; me pareció que disimulaba, y yo también, por supuesto. Necesito estar solo, le dije. Qué gilipollez presuntuosa. De hecho, la necesitaba a ella, pero me negaba a admitirlo. Hacía unos dos años que no la veía, me pareció que su pelo castaño era más largo, sus labios más claros, su piel más blanca.

Tuve la sensación de ser un primo lejano que llega a un entierro. En dos años solo me había enviado una carta, una larga carta. A Vladímir lo había tenido varias veces al otro lado del aparato, creo que me llamaba a escondidas. Decía que todo iba bien, y ahí tienes el resultado, yo estaba solo bajo la lluvia con Jeanne y una maleta.

En el metro, ella se sacó del bolso una minúscula botella de perfume, se puso una gota en la muñeca derecha y la frotó maquinalmente contra la izquierda.

Había olvidado ese gesto.

Se me encogió el pecho, me entraron ganas de abrazarla, de apretarla contra mí, de tenerla.

Solo la miré.

—Por lo menos podrías venir un rato a casa —me dijo.

Yo quería escapar de una velada fúnebre, sabía que íbamos a hablar de ti, que iba a ponerse a contarme y todo lo demás.

—Voy a dejar la maleta en el hotel.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y brillaban, no tenía fuerzas para hacer nada por ella.

Jeanne me contó que muchos de sus amigos se entregaban a un nuevo deporte absolutamente extraordinario, una pasión capaz de llevarte al éxtasis y proporcionarte el mayor placer del mundo, el infierno es una ciudad que se parece mucho a Moscú, tú lo sabes, por supuesto me habló de ti y lloró, vi cómo temblaban sus manos, a punto estuve de echarme a lloriquear y también y entonces fue cuando me contó esta historia, lo que iba a hacer un día de estos: suspenderse, como ella dijo. Es la nueva moda entre los jóvenes que buscan emociones fuertes, suspenderse, eso quiere decir que te aplican una pomada anestésica en los hombros, te introducen tres ganchos de metal en la piel de la espalda y te levantan, te suspenden en el aire a un metro y medio del suelo y todo tu peso pende de esos anzuelos que te estiran la piel, según parece no sangras mucho, el dolor es soportable y acaba por provocarte un trance casi místico: al parecer tienes la sensación de perder tu cuerpo, de replegarte en esos tres puntos de dolor hasta que ya nada pesa, ya nada pesa, y me miró, Jeanne me miró, sus ojos estaban tan vacíos que tuve la impresión de que había recaído. Luego pensé que no, que si hubiese recaído no iría a

suspenderse de unos ganchos de carnicero en un sótano moscovita. Caminábamos hacia el metro Taganskaya y otra vez empezó a llover. Era todo muy triste, me imaginaba a Jeanne con el torso desnudo suspendida en el aire y el dolor, los labios entreabiertos, sus ojos siempre tan vacíos, y yo que a mi vez no podía evitar sentir escalofríos, qué iba a hacer yo por mi dolor, qué es lo que podía hacer, no iba a ir a suspenderme, ni a encontrar así por las buenas la forma de fumar caballo u opio. Me quedaban tres o cuatro horas libres antes de ir a reunirme contigo en la estación de Yaroslav. Jeanne caminaba junto a mí: yo me sentía agobiado, no me apetecía que estuviese allí.

—Tendría que irme a la estación —le dije.

—¿No quieres que vayamos a mi casa? Tomaríamos té y nos meteríamos en la cama.

No respondí nada. Pensé que nosotros tres éramos muñecas rusas. Encajadas para siempre las unas en las otras, inútiles fuera, abiertas en dos y vacías. Ella se acercó a mí.

—Venga, vamos, no está muy lejos.

Yo sabía que si aceptaba no llegaría a tiempo a la estación, que me dormiría en sus brazos, que ella se dormiría en mis brazos, que volveríamos a meter una en la otra dos de las tres muñecas, la mediana y la pequeña.

Si yo iba a casa de Jeanne tú te irías sin mí.

—Jeanne, debo ir a la estación.

—Yo tengo la sensación de que tampoco vas a volver. Que también tú vas a perderte allá, en Siberia. Qué le vamos a hacer.

Cogió mi mano y la apretó. Yo me fijé en el lunar negro de su barbilla, no pude mirarla a los ojos.

—Jeanne, tengo que irme.

—Eres tú quien me coge la mano. Vas a hacerte mucho daño por nada. En mi casa estaríamos mejor.

Entonces pensé en el pequeño apartamento de Jeanne, metro Frunzenskaya, junto a un jardín bien arreglado donde nos gustaba ir en verano a beber cervezas. Te juro que si hubieses estado allí acto seguido habríamos ido, habríamos bebido y tú nos habrías mirado beber como un traidor, como de costumbre.

—Ese viaje no tiene ningún sentido. Quédate conmigo.

Yo seguí con el dedo las venas de la mano de Jeanne hasta su muñeca. Abroché uno de los botones de su camisa, el segundo, creo; se le veía el sujetador negro y el nacimiento de los senos. No lograba irme, y ella

tampoco. Permanecimos unos minutos sin decir nada, bajo la lluvia, sin mirarnos de verdad. Ella tenía razón, era yo quien no conseguía soltar su mano. Las falanges que me retenían en el mundo. Entendí hasta qué punto deseaba que Jeanne me consolase en la noche, que ambos nos consolásemos en la noche; a los niños grandes no se los mece.

Le di un beso en la frente, luego en los ojos, y temblamos. Hubo como una explosión silenciosa, y me fui.

NIZHNI NÓVGOROD

Mira que puedes hacerme hacer gilipollices, Vladímir, ahora me imagino a Jeanne suspendida de unos ganchos como Cristo en su cruz, llorando sangre, o fumando heroína, no sé lo que prefiero. Este tren es interminable, no estamos más que al principio del trayecto y el ruido de las ruedas ya gotea en mis oídos como el santo óleo de un icono.

Es un poco triste pimplarse el vodka así de solo, qué hora debe de ser, cuál era tu frase, «he dejado la puerta de Siberia abierta de par en par», cómo se decía eso en ruso, ya no me acuerdo, deben de ser cerca de las once de la noche debemos de estar acercándonos a Nizhni, antes Gorki, ciudad de los submarinos, del Volga y de la Feria, todavía estamos a miles de kilómetros de Novosibirsk y Siberia, miles de kilómetros.

Viajamos siempre con muertos, no debería haber dejado a Jeanne, ahora la echo terriblemente de menos. Yo que odio los viajes y ahora voy bien servido, horas y horas por delante, solo con Vladímir, que no dice palabra, solo con los recuerdos, el alcohol y la nostalgia, he ahí todo lo que permanece, como decía Chéjov el médico muerto bebiendo champán, a solas con frases, con versos, recuerdos; quizá Jeanne tuviese razón, voy a perderme en el fin del mundo, a desaparecer en la noche siberiana, a sumergirme en el Pacífico, quedan diez mil verstas, más que al propio Chichikov, el viajante de las almas muertas, diez mil verstas en el cupé de este *spalny wagon* de dos plazas, una para mí y la otra para un fantasma. Te llevo de vuelta a tu pueblo, Vladímir, te devuelvo a tu casa, a veintitrés kilómetros de Novosibirsk, a dos mil ochocientos catorce de Moscú y cinco mil trescientos cuarenta de París, es decir, un buen centenar de días a caballo, en troica o, en invierno, en trineo. Con la cabeza recostada sobre dos almohadas miro cómo desfilan los abedules, cientos de miles de sombras blancas, algunos desmochados, otros fantasmas, se iría mejor en un tren blindado, recortando los árboles con la ametralladora para ejercitarse como Trotski, que pasó dos años en su vagón recuperando ciudades en poder de los blancos, avanzando a dos por hora, obligado a reconstruir las vías kilómetro tras kilómetro. Se cuenta que en su tren había de

todo, una biblioteca, una sala de Estado Mayor tapizada con mapas y hasta una imprenta para fabricar un periódico revolucionario y distribuirlo entre la población, y soldados motorizados que se lanzaban en expedición contra las tropas zaristas esparcidas por los cuatro costados de la Santa Rusia.

La guerra, por todas partes.

Bien escondido en este compartimento, uno podría tener la impresión de escapar de ella. ¿Recuerdas, Vlado, cuando Jeanne nos presentó, que yo te llamaba príncipe Andréi, porque me recordabas al Bolkonsky de *Guerra y paz*, con tus maneras nobles y a la vez frágiles, seguro de ti y sin embargo vacilante en la violencia y la droga como un sauce? Tuvimos el tiempo de la Paz y el de la Guerra, nuestra primera batalla, Austerlitz, luego el descanso antes de que Moscú ardiese ante nosotros, antes de arder en el alcohol y los estupefacientes como esos minúsculos cirios que hay en las iglesias rusas, y la fantástica presencia de Jeanne, Jeanne, a la que hemos hecho partir con nuestros juegos viriles, antes que repartírmola entre nosotros, antes de batirnos en duelo como buenos nobles rusos y desaparecer.

Nizhni Nóvgorod.

Nizhni Nóvgorod.

Alzo mi vaso a la salud de Nizhni Nóvgorod, de la Feria más grande a este lado del mundo, donde en verano venían los mercaderes de toda Rusia, del Cáucaso, de Bagdad, de Kitái y de Cipango. Ignoro lo que encontraríamos allí en la época; hoy me acuerdo de la pequeña casa de Gorki, una minúscula cabaña de madera con una estufa inmensa, donde pueden verse las ramas secadas con que lo azotaban sus padres, los trineos para el invierno, las cunas de sus hermanos, la silla en que su abuela bordaba. Acaso habíamos venido para ver la ciudad de Gorki, el Volga, el hotel donde durmió Alexandre Dumas o la fortaleza, kremlin roja de irreales almenas, ya no lo sé.

Vladimir me hacía visitar Rusia como le enseña uno sus tierras a un extranjero, como un príncipe, y en Nizhni Nóvgorod, en un gran, inmenso y moderno hotel del centro de la ciudad, bebíamos vodka como cosacos, de trescientos gramos en trescientos gramos, ya que en Rusia este aguardiente se vende al peso. Eso fue antes de que Volodia abandonase el alcohol casi por completo. Recuerdo —nunca lo he hablado con Jeanne, me pregunto si él lo hizo— que me arrastró a un local de *striptease* con el evocador nombre de «Sexophon» contiguo al bar del hotel, uno de esos clubes de chicas desnudas de los que Rusia está plagada; éramos los únicos clientes, instalados en butacas de molesquín de cara a un escenario con una barra vertical, un instrumento de cuartel: teníamos la impresión de que un bombero con casco

iba a bajar deslizándose del primer piso para echar un trago con nosotros. La música hacía vibrar nuestros vasos, llegó la primera chica con un *deshabillé* blanco, ropa interior de perlas, unos tacones tan interminables como sus interminables piernas, agarró la barra de metal, se subió rítmicamente casi hasta el techo, deslizó la barra entre sus piernas y se dejó caer muy despacio, se enrolló, se enroscó, frotándose, acariciando el metal con sus pechos, con sus muslos. Ya en el suelo con un gesto se quitó el deshabillé, tenía los pechos muy bien puestos, más bien pequeños, inmediatamente pensé en Jeanne, me acuerdo, sentí vergüenza y entonces vacié mi vaso de un trago. Vladímir aplaudió, la chica se abrió de piernas en un *grand écart* frontal, los labios de su sexo sobresalían de entre su tanga, la música ritmaba sus movimientos de oruga en el suelo, tras un golpe volvió a subir, después de arrancarse el tanga y lanzárselo a Volodia, quien lo atrapó al vuelo, el cabrón todavía no estaba borracho, hizo como en las películas, fingió que olía aquel trozo de tela y a continuación se bebió la copa de un trago mientras reía, ya no era el príncipe Andréi sino Pierre en sus juergas petersburguesas, parecía que en cualquier momento fuera a levantarse y ponerse a bailar, o encadenar al jefe de policía de Nizhni a la espalda de un oso para obligarlo a atravesar el Volga a nado. La chica completamente desnuda pegaba ahora su sexo depilado a la barra de metal y luego volvía a subir, y nos enseñaba el culo, lentamente, con movimientos hacia delante y hacia atrás, así suspendida uno hubiese dicho que era un mono lampiño, enfermo, enganchado a un árbol reluciente de lluvia, y de repente se dejó deslizar una vez más para acabar en el suelo, en una posición felina, o canina, a cuatro patas.

La función había terminado.

La bailarina se levantó para abandonar la escena, totalmente desnuda, mientras que otra chica, salida de no se sabe dónde, ocupaba su lugar en la barra metálica. La primera estriper empezó a rondar a nuestro alrededor. Su piel maquillada, su sexo depilado, sus largos cabellos rubios le conferían un aspecto inquietante, un aspecto de súcubo o de ángel. Volodia le puso una mano en el culo, sonora, con un aire de realeza. La segunda chica terminó su número, yo ni siquiera la había mirado. Era morena, vino a nuestro lado, pechos más grandes, piernas de atleta; luego llegó la tercera, luego la cuarta, luego la quinta, salían de un minúsculo camerino junto a la barra, me pregunté cuántas podían quedar, diez, veinte, treinta, o acaso eran las mismas y se iban cambiando, no sabría decirlo. Nosotros vaciábamos nuestros vasos al mismo ritmo, uno por chica; de repente sentí una tristeza infinita, no sé por qué, seguramente porque me era imposible sentir por ellas el menor deseo, porque

hubiese querido ser Volodia, un príncipe fullero, capaz de zurrar amablemente a aquellas mujeres desnudas, sin vergüenza, sin pesares, proponerles que se sentasen en sus rodillas, hacerlas lloriquear pellizcándoles los pechos mientras que a mí no me inspiraban sino una inmensa melancolía. El príncipe Andréi en el burdel. Nuestra furiosa amistad, en esta épica travesía de Rusia del este al oeste sin Jeanne, que no quería participar en nuestros ágapes itinerantes, que prefería no alejarse del metro Frunzenskaya, quedarse en su casa. En nuestra casa, durante los doce meses que vivimos los tres juntos, sumidos en nuestra feroz amistad de amor evadido, en la locura de esos doce meses hasta que decidí volver a Francia, porque en Moscú ya no se encontraba tanta heroína y opio a buen precio, porque la convivencia se volvía difícil y porque Jeanne —en el fondo no sé nada, este tipo de cosas nunca llegas a saberlas— ya no me quería. Yo estaba drogado, cansado y abandonado; Vladímir había dejado de beber, y entonces me fui.

En cuanto a ellos dos, en un año habían conseguido enseñarme cuatro palabras en ruso, a contar, e incluso dos versos de Esenin que Volodia no dejaba de repetir cuando iba borracho, unos versos que decían «Nunca he ido al Bósforo, tú nunca me has llevado / En tus ojos vi la mar, centelleante incendio azul», o algo parecido, también yo los repetí durante meses, como el poema de Mandelshtam que Jeanne me susurraba al oído cuando estábamos colocados, todo un talismán sonoro, un refugio, pienso en ello mientras el tren entra en la estación, me encantaría escuchar la voz de Jeanne murmurarme al oído «No estás muerto todavía, todavía no estás solo», *Еще не умер ты, еще ты не один*, y mi corazón salta como se bambolea el vagón contra el andén de Nizhni Nóvgorod.

PERM

Me he dormido.

Me he quedado dormido con el vaso en la mano o casi.

Es de día, no deberíamos tardar en llegar a Perm. Apenas estoy a medio camino. Todavía la blancura de los abedules al sol, las charcas, los estanques, los ríos de la vida rusa. Antes de Vladímir, para mí Rusia era Jeanne, un país lejano y desconocido donde los cosacos del Don cargaban a pecho descubierto, donde los pequeños caballos de los mongoles se pavoneaban alrededor de yurtas doradas. Jeanne quería ir a estudiar a Moscú. Así que se fue, dejándome solo en París, no me reuní con ella hasta unos meses más tarde. Hablaba ruso, tenía amigos rusos; sé que encontró a Vladímir en el Volga, en el transcurso de una excursión en barco por Kazán. Kazán capital de Tartaristán debe de estar un poco río abajo, no muy lejos de aquí; desde el tren no se ve nada, atraviesas ríos, recorres bosques; es como si el paisaje te puliese los ojos, el papel de lija del paisaje durante horas y horas, qué es lo que me ha llevado a partir yo solo, todo el tiempo oigo a Jeanne, la voz de Jeanne, ven a mi casa nos haríamos un té y nos meteríamos en la cama, menudo imbécil, nos cuidaríamos, yo cuidaría de Jeanne y ella cuidaría de mí, amaneceríamos guarecidos y abrazados el uno al otro, codo con codo para no caer en las garras del dolor y los ganchos, pero no, decidí partir, atravesar media Rusia para ir a un pueblo perdido y ver no sé qué, una vieja abuela, la casa donde él creció, una infancia; Volodia jamás había querido mostrarme su pueblo natal, demasiado lejos y demasiado perdido, decía. Imagino unas pequeñas viviendas de madera siberiana pintadas de colores, rodeadas de jardines cerrados, puestas en medio de la llanura. Me acuerdo de que cuando visitamos la casa de Gorki, Vlado me explicó que su casa se parecía un poco a aquello, habitaciones minúsculas, un cobertizo, una estufa de cerámica; teníamos miedo del fuego, más de un borracho se había quemado vivo en su barraca al olvidar retirar las brasas por la noche, dos mil kilómetros de tren y habré llegado, para hacer qué, no tengo ni idea.

Qué buscamos con los desplazamientos, qué queremos de los viajes, nunca nada me devolverá a Vladímir, el príncipe Bolkonsky desapareció hace tiempo, me contaba terroríficas historias de Rusia, atroces historias de deportación, de encarcelamiento, de guerra civil, recuerdo una que él había leído en *Caballería roja* de Isaac Babel: un caballero rojo llega a un pueblo de Ucrania y busca un lugar donde dormir, acaba en una habitación que comparte con unos refugiados, un viejo judío y su hija. El caballero decide acostarse junto al viejo que ya duerme y, roto de cansancio, cae inmediatamente en manos del sueño. En plena noche, la joven lo despierta, habéis tenido una pesadilla, le dice, por favor, ¿os importaría dejar de darle patadas a mi padre? Sorprendido por la pasividad de aquel anciano siempre inmóvil el caballero se vuelve, retira el cobertor y descubre una terrible herida en el pecho del viejo judío: la noche anterior los blancos lo han acuchillado; el caballero rojo ha dormido al lado de un cadáver que su hija velaba. Horrorizado, salta inmediatamente dentro de sus botas; salta dentro de sus botas, luego a su caballo, y vuelve a partir hacia la Revolución.

El gran Cristo rojo de la Revolución, allí está todavía; a lo largo del camino se ven sus rastros, palpables, visibles; las estatuas, las inscripciones en los frontones de los monumentos, las estrellas rojas olvidadas a derecha e izquierda. Hasta la memoria de los muertos, los muertos de octubre, de la guerra civil, las purgas, en los nombres de las calles, las placas, los gigantescos monumentos a los soldados de la gran guerra patriótica. Difícil no pensar en la caballería roja, en los trenes blindados, en el mito y en su contrapartida, las víctimas, los olvidados, todos aquellos a los que metieron en un convoy hasta el río Amur para luego cargarlos en un barco destino a Magadán, me pregunto a qué se parecían aquellos trenes, una semana de ferrocarril, una semana de ferrocarril y seis días de barco, seis infernales días encerrados en la bodega al borde de la asfixia, se cuentan historias terroríficas de esos transportes, de esos buques de carga de la muerte, en algún sitio leí que un barco con varios miles de detenidos al llegar las heladas se empotró contra un iceberg, a finales de octubre, y que la tripulación abandonó a los presos, dejándolos morir de hambre y de frío en medio de un mar helado, seis meses más tarde se recuperó el buque y los cuerpos, hizo falta una escuadra de treinta detenidos y una semana de trabajo para lanzar todos aquellos cadáveres helados por la borda, había que separarlos con hacha igual que el pescado congelado, una montaña de miles de hombres que se habían

apretujado al morir para darse calor. A veces se llegaba al gulag en camión, tres semanas de camión, tres semanas por lo menos en camión, ver el Lena, ver cómo pasa Yakutsk a través de un cristal casi opaco por culpa del polvo, devorado por los mosquitos, en el sudor del verano siberiano, cuando no se estaba bloqueado durante días y días por el lodo, el lodo que sigue a la lluvia y donde más de un camión se precipitó con sus ocupantes, demasiado agotados para intentar escapar. Por suerte en invierno los caminos eran impracticables, había que llegar a los campos del norte remontando ríos helados transformados en autopistas, o a bordo de un rompehielos, allá arriba, cerca del estrecho de Bering dónde más de uno debió de soñar, durante unos instantes, en huir a pie sobre el mar convertido en hielo hasta Alaska. A fin de cuentas, se dice que los hombres de las cavernas o sabe Dios qué primitivos ya seguían ese camino, en invierno pasaban de un continente al otro, alimentándose de focas y de peces que pescaban tras hacer un agujero en el hielo, según parece en los lagos siberianos todavía se pesca así, quién podrá comprender jamás la inmensidad vacía de esas tierras desoladas, nadie sin duda, aparte de aquellos que fueron exiliados allí, Varlam Shalámov el artista de la pala o Vasili Aksiónov el hijo de Kazán que se reunió con su madre en la deportación, la revolución todo lo trituró, hombres mujeres mujeres hombres incluso niños, la revolución, quedan restos en nosotros, pedazos de un viejo sueño de adolescencia mal madurada de quien no tuvo la posibilidad de sostener un fusil para defender sus sueños: a mí me pusieron una jeringa en las manos en lugar de un fusil o una bomba, yo hubiese preferido recorrer la estepa en aquellos pequeños caballos y gritando: «Cosacos, cosacos, ¿vais a dejar que destruyan vuestro ejército?». Como en *Taras Bulba*, inmensa novela de Gógol, la primera novela rusa que leí, yo hubiese preferido una epopeya incluso izquierdista y tardía a aquellos cuchitriles estudiantiles que olían a mugre y a tiempo perdido, en París o en otro lugar, a pesar de la sobrecogedora presencia de Jeanne que sobrevolaba todo aquello con aire distraído. Cuando nos conocimos en París apenas teníamos dieciocho años, yo desembarcaba de mi provincia y tenía la impresión de salir de prisión, de volver del gulag, de Magadán o de otra parte, y descubrir una libertad que en realidad jamás había conocido, aparte de en los libros, en los libros que son mucho más peligrosos para un adolescente que las armas, pues me inocularon unos deseos imposibles de cumplir, Kerouac, Cendrars o Conrad me hacían desear una partida infinita, amistades a vida o muerte a lo largo del camino y sustancias prohibidas para transportarnos, para compartir aquellos extraordinarios instantes en el camino, para arder en el mundo, ya no

teníamos revolución, nos quedaban la ilusión del viaje, de la escritura y de la droga.

Recuerdo la primera vez que fumamos opio Jeanne y yo, unos meses antes de su primera estancia en Rusia y su encuentro con Vladímir en el majestuoso Volga, recuerdo aquella pequeña bola de pasta negra como si fuese ayer, aquella savia hervía crepitando un poco y prodigaba un humo espeso de olor a incienso que dejaba en la boca un regusto un tanto amargo para luego nublarte la vista y hacerte sonreír, recuerdo que estábamos muy emocionados y que éramos torpes, el opio significaba tocar un mito con tus propias manos, con los pulmones más bien, un mito, estábamos tan emocionados y éramos tan torpes como cuando uno hace el amor las primeras veces, ese acto extraño siempre nuevo siempre recomenzado en que cada cuerpo es tan diferente, cada cuerpo es tan diferente, antes de que las sustancias químicas nos robasen nuestro deseo, antes de que Jeanne desapareciese en las brumas del Norte, entre los brazos de Vladímir, en la pasión del estudio, en la lengua y la literatura rusas. El tren ha pasado por Perm, la *provodnitsa* ha venido a mi cupé a echar una ojeada inquieta, tiene aspecto de jefe *scout*, de soldado, de oficial de un ejército en retirada, los viajeros son un ejército ocioso en perpetua derrota, y aun así en este compartimento de primera que ocupó solo no somos los más borrachos ni los más malolientes, verdad Vladímir, sabemos estar, somos de discreta embriaguez, no como los reclutas rusos del vagón de al lado que se pasan el tiempo bebiendo cervezas, se ponen ciegos para escapar del viaje, beben Baltika de ocho grados desde el alba, desde que se despiertan, y no va a ser Nizhni Nóvgorod ni Perm ni Ekaterimburgo lo que los distraiga de tan sistemático estudio, son marinos, van a unirse a la flota del Pacífico en Vladivostok después de una cogorza rodante de una semana, en cada parada se los ve apresurados en el andén para rehacer sus provisiones de cerveza, vacilantes, en pantalón corto a pesar del frío ya polar del otoño, pienso en los detenidos del gulag Perm 36 un poco más al norte, unos cien kilómetros al norte, parece que no queda un solo árbol a varias verstas a la redonda porque todo fue serrado en los talleres de carpintería del campo, para reparar los campamentos de barracas o para fabricar banastas y cerillas, de la mañana a la noche, banastas y cerillas que luego eran utilizadas para calentarse pues no había nada previsto para venderlas o distribuir las, los zeks se agotaban luchando contra troncos helados con tronzares, luego cortaban los abedules con hacha, y al final los pasaban por unas horribles máquinas donde a menudo, y debido al cansancio, se dejaban un dedo o una mano, algo que no lograba conmover a los hastiados guardias. Los últimos

enemigos de la Unión Soviética dejaron el campo en 1988, los últimos detenidos fabricaban a mano un tipo de ladrones para enchufes, de empalmes eléctricos que todavía se encuentran en toda Rusia, en este mismo tren debe de haber, es como si sus nombres estuviesen ahí, por todas partes, allá donde se enciende la luz o se pone en marcha un samovar, el nombre de los muertos de la concentración soviética. Hoy Perm 36 se ha convertido en un museo de la detención, el museo del gulag, el único de todas las Rusias, que por supuesto no está patrocinado por el gobierno sino por un grupo de antiguos detenidos y de historiadores mantenidos por fundaciones privadas que en su inmensa mayoría son extranjeras: supongo que tiene turistas, grupos ávidos de los rastros del sufrimiento de generaciones de pobres tipos, 1988 está muy cerca, fue hace muy poco tiempo, los turistas deben de estar contentos, todavía podrán sentir el sudor reciente de los internados, su sangre fresca, mucho mejor que en Polonia o en Alemania o en Austria donde poco a poco el tiempo ha pulido los campamentos de barracas, ha alejado los rostros, los muertos, el dolor, la distancia es grande, mientras que en Rusia... He ahí algo que te pone nervioso, Vladímir, que te recuerden el gulag, que te mencionen ese vergonzoso episodio, como si solo Dostoievski tuviese derecho a hacer ese viaje, el gran viaje, por otra parte él pasó por aquí para ir a la prisión de Omsk, fuiste tú quien me hizo leer *Recuerdos de la casa de los muertos*, decías que el título no era del todo acertado, que aquellos no eran recuerdos sino notas, cuadernos, el título ruso original era «Notas sobre la casa muerta», poco importaba que yo insistiese en que «Recuerdos de la casa de los muertos» era un título sublime en sí mismo, y Jeanne abundaba en tu misma opinión, como siempre, abundaba en tu misma opinión y eso acababa por hacernos reír, entonces echábamos un trago a la frágil salud de Dostoievski, de la literatura y los deportados, y nos abrazábamos los tres riéndonos. Eso cuando todavía bebías, amigo mío, si no fuesen las diez de la mañana me tomaría una copa en tu honor, pero me apetece más un café, voy a ir hasta el samovar del final del pasillo para echarle agua caliente a estos granos liofilizados que adquiriré en el andén antes de partir, voy a enfrentarme con la mirada de carcelera de la *provodnitsa* convencida de que me propongo cometer alguna perrería porque observo encantado el increíble esquema técnico que hay pegado al lado de samovar, unas instrucciones de una precisión extraordinaria, un plano magnífico donde todas las piezas que componen tan sencilla máquina están perfectamente detalladas, su nombre en cirílico, su función, siente uno ganas de desmontar el artilugio, desmontar el artilugio para verificar la precisión del esquema; hay un esquema técnico de

este mismo tipo al lado de todos los dispositivos del tren, desde la caja de fusibles hasta el mismo lavabo, sin duda un vestigio de la precisión soviética, del sistematismo, de la pasión socialista por la técnica y el progreso, esos dibujos son hermosos como un poema de Maiakovski, un poema visual a mayor gloria del hombre nuevo, el hombre revolucionario fabricado con los esquemas y los planos de la belleza revolucionaria.

Sabes Vladímir que yo lo ignoraba todo de Rusia y de los rusos, y a pesar de mí, por tu culpa o gracias a ti se ha convertido en uno de los países que mejor conozco, cuyos espacios desérticos más he recorrido, a tu lado, frecuentando los libros, los bares, los mercados, las interminables avenidas de Moscú el terrorífico, y ahora voy a perderme en Siberia en tu pueblo natal, pero qué te pasó, Volodia, qué enfermedad del alma te atenazó bajo tu eterno buen humor, la última vez que hablamos por teléfono fuiste tú quien me levantaba el ánimo, tú quien me decía a propósito de esta mala novela que nadie ha querido y que antes de partir arrojé a una alcantarilla, fuiste tú quien me dijo: «Pero si es muy bueno, eso, muy bueno, casi lo tienes, ya verás, al final sonará el teléfono, seguro», viejo cabrón, no sé cómo te las arreglabas para conocer tan bien el francés y el inglés, tú lo leíste, mi triste primer libro, y luego la llamada de Jeanne en plena noche, y yo contando los abedules entre Perm y Ekaterimburgo, pronto los Urales, pronto los Urales y luego Asia. Sabes que hace mucho tiempo que ya no le hago leer nada a Jeanne, desde París, desde aquellos poemas que le dediqué. Ya no le gusta. Aparte de que en su carta, hace algunos meses, me pedía un número de la revista de la que te hablé, quizá porque estaba celosa de ti, yo qué sé. Es tan complicado todo esto, Vlado, tan complicado, me hubiese gustado tanto que vinieses a París, si hubiésemos tenido la pasta, habrías venido a París y seguirías con vida. Este café es realmente infecto, pero está caliente, es fuerte, y no tengo nada más que hacer, nada más que hacer, un vaso de plástico en la mano y toda la Rusia ante mis ojos, en el caparazón bamboleante del Baikal Express que me lleva hacia Novosibirsk. El café me trae a las ventanas nasales el aroma del opio, en la maleta llevo media tableta de Rohypnol, pero la reservo para un golpe duro, ahora prefiero abandonarme a la dulce droga de la memoria, medida por los vagabundeos de este tren que danza como un oso sobre sus travesaños, árboles, árboles de monte alto, árboles que talar, *holzfallen, holzfallen*, como gritaba aquel personaje de Thomas Bernhard en su sillón orejero, refunfuñando contra los actores y la buena sociedad de Viena, yo jamás escribiré así, Vlado, tú lo sabes, jamás, esa lengua inaudita, repetitiva hasta la hipnosis, cruel, mágica, de una crueldad, de una crueldad alucinada, yo tenía

veinte años cuando leí ese libro, Vlad, veinte años y caí presa de una energía extraordinaria, de una energía fulgurante que estalló en una estrella de tristeza, porque supe que jamás lograría escribir así, no estaba lo bastante loco, o no lo bastante ebrio, o no lo bastante drogado, entonces busqué en todo eso, en la locura, en el alcohol, en los estupefacientes, más tarde en Rusia que es una droga y un alcohol busqué la violencia que le faltaba a mis palabras, Vlad, en nuestra amistad desmesurada, en mis sentimientos por Jeanne, en la pasión por Jeanne que se escapaba entre tus brazos, en el hermoso dolor que significaba verla en tus brazos, en mi aparente ausencia de celos, en ese jocoso consuelo, que tú estés en sus brazos, yo sabía que ella hacía lo que yo no podía hacer, por educación, por voluntad, por destino, por gusto simplemente, ella ocupaba el sitio en que yo no podía ponerme y yo os miraba sin veros como Thomas Bernhard en su sillón orejero, y estaba bien así.

Nunca hemos hablado de ello, ¿te das cuenta? Hace falta que estemos en un tren bogando hacia Siberia para que todo eso vuelva, los primeros tiempos, Moscú, odiarnos al principio como dos perros que van a tener que compartir un territorio y luego, como dos perros, recorrer la ciudad uno detrás del otro, beber y fumar y buscar azerbaiyanos, luego turbios tayikos que nos vendían un opio muy negro, luego heroína ligeramente marrón según la situación geopolítica en la frontera afgana, al principio todo venía de Turquía vía Armenia o Azerbaiyán, y de golpe se metieron los tayikos y fue como un gran río blanco vertiéndose en Moscú, un gran río de droga a la escala de los ríos siberianos, esa heroína es tan pura y tan barata que muchos caen en el camino, víctimas del éxtasis, de la sorpresa, del poder adquisitivo: chavales, profesores, pobres, ricos, borrachos cansados del alcohol, estudiantes desocupados, a todos esos colgados se veía por Moscú, la ciudad de los mil campanarios y de las mil tres torres, en un paso subterráneo no muy lejos de Lubyanka, sede de la KGB convertida en FSB, allí donde en la novela de Axiónov oficiaban Beria y Lamadze, cerca de su oficina nimbada de tinieblas te encuentras fantasmas errantes en busca de una jeringa, porque en Moscú es mucho más difícil hacerse con una jeringa que con un gramo de caballo, mucho más, aquí los drogadictos son criminales a los que se envía a probar las delicias de un talego de provincias: si mi *pro vodnitsa* con pinta de jefa *scout* me oyese se santiguaría y me denunciaría inmediatamente, sin vacilar, tan terrible crimen suponen los estupefacientes, llegados con el capitalismo, uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis liberal, mientras que los soviéticos tenían el vodka, el santo vodka transparente, el aguardiente, el agua de la vida

y del olvido, cómo se dice «olvidar» en ruso, ni idea, apenas conozco los versos de Mandelshtam y de Esenin el colgado de Petersburgo, me gustaría ir al Bósforo, allí en tus ojos vi la mar, un magnífico incendio azul.

Me gustaría ir al Bósforo después de un crucero por el Volga, bajar el río hasta Astracán al norte del mar Negro, luego dejarnos deslizar despacio hacia Estambul, veríamos Kazán y Stalingrado, dos batallas rusas; veríamos la isla donde se instaló Iván el Terrible antes de tomar Kazán y de poner fin al kanato heredero de la Horda de Oro, acabada la dominación mongola en Rusia, que deja su sitio al incienso, a los monjes y a los popes barbudos. Cómo se llama esa isla unas pocas verstas más abajo de Kazán donde Iván instala su ejército y a sus sacerdotes, donde construye una ciudad en dos meses para lanzarse luego al asalto de la ciudad musulmana, imposible acordarme, imposible, uno más de esos nombres rusos que se parecen a otros nombres rusos, qué hubiese sucedido si Iván, tras ser repelido bajo las murallas de Kazán, no se hubiese empeñado y no hubiese decidido pasar el invierno en ese islote en medio del Volga, Iván se heló los cojones en su abrigo de cibelina o de marta durante cuatro meses, a mí me gustaría hacer lo mismo, me gustaría bajar de este tren y dejar tranquilamente que pasase el invierno, en Kazán por qué no, en esta isla cuyo nombre he olvidado, contemplar cómo el Volga se queda poco a poco medio helado, cómo los bloques de hielo llegados del norte bajan apaciblemente el río, igual que se mira el mar; estaríamos bien los dos, Vladímir, con unos *chapkas* negros en la cabeza, observando la lenta deriva de los hielos, en el mismo sitio en que conociste a Jeanne, qué podíais estar haciendo en un barco descendiendo el Volga, lo he olvidado, era en verano, Jeanne estaba de vacaciones, sin mí, sobre todo para tratar de inscribirse en la universidad en Moscú, aunque no me lo había dicho. Volvió contándome que había encontrado a una gente increíble, entre ellos tú, y tuve que empezar a tener celos de ti, ruso, tú eras ruso, todo lo que ella siempre había querido, un cosaco versado en literatura, políglota y cultivado, todo lo que yo no era. Jeanne no me lo decía pero reprochaba mi naufragio en alcohol y drogas, yo le decía a quien quería oírlo que iba a hacerme escritor, siempre releía los mismos libros, Kerouac, Cendrars y Carver, escribía poemas de amor esperando la inspiración, acostado en el estudio que compartíamos en uno de los lugares más siniestros del norte del distrito 18, cerca de la puerta de Clignancourt; por lo menos no había que andar demasiado para conseguir sustancias diversas y ya no pagábamos alquiler desde que la municipalidad declarase insalubre el edificio, esperamos que el propietario efectuase las obras obligatorias pero

nunca lo hizo, hace poco pasé por allí, las ventanas estaban condenadas con ladrillos y había pegada un acta de demolición que afectaba a todo el bloque de viviendas, las cosas pasan, fue hace cuatro años justos y tengo la impresión de haber vivido mil vidas desde entonces, de haber hecho correr tras de mí a todos los trenes hasta el fin de la tierra.

Aquel año Jeanne me anunció que había obtenido una beca de intercambio, que había conseguido inscribirse en la Universidad de Moscú y que se iba a principios de octubre, para un año por lo menos. Yo me hice el listo, no dije nada, recuerdo que respondí genial, es una suerte, y en verdad lo pensaba, para ella era una suerte. Vas a olvidarme, le dije riéndome y ella sonrió, enseguida me respondió que no, no te preocupes, un año pasa rápido.

Jeanne sigue en Moscú, suspendiéndose de unos ganchos de carnicero en un club a la última moda para darle a sus lágrimas una nueva razón, para hacer más físico su dolor, tres años más tarde, se dice rápido. Una vida más tarde, una vida más tarde aquí estoy yo en este tren que ahora se rezaga antes de enfrentarse con los Urales, con la cabeza apoyada contra el tabique, los ojos hacia el cristal, y más allá no hay nada, nada, la inmensidad rusa, la inmensidad asiática de estas mesetas, de estas montañas desoladas en las que cuesta imaginar la vida, entre estos alerces, estos abedules, esta taiga y el permafrost, ese increíble suelo perpetuamente helado donde todavía duermen los mamuts y los cuerpos olvidados de los deportados. *No estás muerto todavía, todavía no estás solo*, pienso en Jeanne y en Mandelshtam, pobre Mandelshtam muerto de agotamiento en el camino del Kolymá, muerto llegando a Vladivostok antes de ser cargado en uno de esos horribles transportes rumbo al norte, muerto de hambre y de frío a la llegada de su vagón de mercancías abarrotado, su cuerpo está en algún lugar en una fosa común a orillas del Pacífico, espero que por lo menos tenga vistas al mar pero lo dudo, lo dudo, ya había sufrido cinco años de exilio en Cherbyn en los Urales y luego en Vorónezh, antes de ser atrapado de nuevo por la cólera del pequeño padre de los pueblos, ese al que él llamaba el «montañés del Kremlin», el pequeño georgiano megalómano y vindicativo no lo olvidó, jamás olvidó los versos poco amables del poeta judío sospechoso de cosmopolitismo, él que había estudiado francés en París y en Alemania, que sabía lenguas extranjeras. Por otra parte, esa es una de las maravillas de este país, todavía hoy son pocos los rusos que saben hablar inglés o francés o cualquier otra lengua aparte de la de Pushkin, convencidos de que son y serán el centro del mundo, como al final de *Alexandre Nevski*, la película de Eisenstein, donde vemos a Nevski de pie, quieto frente a la cámara, después

de la derrota de los caballeros teutónicos: Кто к нам с мечом войцёт, от меча и погибнет! На том стоит и стоять будет Русская Земля!, «Así resiste y resistirá siempre la tierra de los rusos», y resistió, ante los mongoles, los teutones, los polacos, ante Napoleón, ante Hitler, entre las guerras, las revoluciones, los tornados capitalistas, las guerras coloniales resiste, permanece intacta bajo su blanco manto de nieve, no arde por completo en el calor del verano, todavía desconfía de los extranjeros como desconfía de sí misma, buscando siempre en el exterior la confirmación de su grandeza: lo que siempre le pregunta un ruso a un extranjero es qué es lo que piensa de su país, la imagen que puede tener; espera los cumplidos, los elogios, los comentarios, ávido de ese reflejo de sí mismo en el otro. Cuando nuestras escapadas a provincias con Vladímir, tan pronto como en un bar o una biblioteca encontrábamos a alguien que se enteraba de que yo era francés, la primera pregunta que le hacía traducir a Vlad era siempre la misma: «Y entonces, ¿qué piensa usted sobre Rusia?», en Kazán, Samara, Tver o Smolensk, eran siempre las mismas inquietudes, y yo siempre respondía «Qué gran país», dejándole a Vladímir la tarea de traducir el doble sentido, la Santa Rusia es un gran país *indeed, kanietchna*, incluso recortado en sus fronteras por una parte de sus colonias, no hay duda de que poco a poco, con el correr del tiempo, las antiguas provincias perdidas volverán, pacíficamente o no, al regazo del Imperio: Asia Central, Ucrania, Bielorrusia y hasta Georgia volverán, por la guerra o por una unión sagrada, un largo abrazo del oso del Norte, uno no se resiste al país más grande del mundo, un país donde puedes recorrer 9000 kilómetros sin mover el culo de tu traqueteante compartimento, atendido soviéticamente por una *provodnitsa* que, dondequiera que se encuentre, vive siempre a la hora de Moscú.

Mathias:

Perdona que no te haya escrito antes, eso no quiere decir que no haya pensado en ti, muy al contrario. No tenía gran cosa que contar. Aquí ha llegado el invierno de golpe, ya lo tenemos encima, el Moscova ya está helado. De vez en cuando voy al parque a patinar, sola, y de repente te echo de menos. ¿Te acuerdas de la pista de patinaje de la Plaza Roja?

He sabido por Vladímir que te habían publicado un primer relato en una revista, debes de estar muy contento. ¿Podrías enviarme un ejemplar?

A menudo imagino París, los escaparates de Navidad, las luces, los cafés, y me siento un poco nostálgica.

Hace tres meses que no tomo nada, ya sabes, ni siquiera medicinas. A veces es un poco duro, sobre todo al atardecer, cuando la noche se viene encima, si Volodia no está. Entonces salgo a dar una vuelta en medio del frío y se me pasa. Voy a lograrlo, creo. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

He conseguido un trabajo como acomodadora, no gano mucho pero estoy en el teatro tres noches por semana. Moscú es siempre horrible y hermosa a la vez. Continúo los cursos, esta putada del ruso, tengo la impresión de que nunca acabaré de aprender de verdad esta lengua. He tenido un seminario sobre Chéjov, di con una historia que te habría gustado mucho, la de un inconsciente que roba los pernos de una locomotora y los usa como plomos para pescar.

Vladímir no está demasiado bien, creo que te echa mucho de menos. Tiene grandes depresiones durante las cuales puede pasarse una semana sin venir a casa y cuando vuelve se hunde y duerme tres días seguidos. No es que esté muy preocupada, pero en cualquier caso no es muy agradable como compañía.

Pero no te escribo para hablarte de él, sé que estáis bastante en contacto por teléfono. Solo quería decirte que pienso en ti, que trato de imaginar tu vida en París. Siento haberte empujado a irte. Es egoísta, pero tengo ganas de que estés cerca de mí y de tenerte, de abrazarte, que me acaricies, que me leas historias como antes, en la noche. Entiendo que no des noticias. Te juro que si tuviera dinero iría a verte enseguida.

A menudo rememoro la noche de tu partida, nos veo de nuevo en la penumbra, abrazándonos, tocándonos durante horas sin llegar a hacer el amor, como si quisiésemos almacenar ternura para el largo invierno de la separación. Me acuerdo de tus labios sobre los míos, de tus manos sobre mi piel, de tus dedos acariciando mis muslos y de mi tristeza cuando te fuiste. Nuestro silencio en el andén de la estación, tus ojos en el momento de la partida. Tú me lanzaste un beso a través del cristal, yo estuve a punto de llorar.

Bueno, aquí se acaba esta carta porque es demasiado triste.
Cuídate mucho.

Jeanne

SAN PETERSBURGO

Sé que te acuerdas de Petersburgo, Vladímir, que te acuerdas como se acuerda Jeanne, como yo mismo la recuerdo perfectamente, la ciudad de Pedro el Grande en la desembocadura del Neva que a mí me parecía el Gran Norte, era a finales de diciembre, yo acababa de llegar a Rusia. En Moscú, Jeanne nos había presentado y yo te miraba con desconfianza, como tú me mirabas con desconfianza a mí, un muy buen amigo, dijo ella, Vladímir, le llamamos Volodia, nos estrechamos la mano sin saber lo que se estaba sellando en ese saludo. Volodia es un gran especialista en literatura, dijo Jeanne, y eso todavía me intimidó más. Está en el doctorado conmigo, añadió. Tú me sonreías con un punto de ironía, al menos eso me pareció. Descubrí la carne roja de Moscú, el pequeño apartamento de Jeanne, junto a un parque muy cenagoso a finales de aquel otoño; no hacía tanto frío, pero nevaba, y el granizo cubría la ciudad con una mortaja de mugre. Yo me agarraba al brazo de Jeanne como un niño asustado por la inmensidad ruidosa de la ciudad, de esas avenidas transformadas en autopistas que los peatones humillados deben atravesar por el subsuelo, de esas interminables alineaciones de edificios que me parecían idénticos, con pequeñas puertas bajo sus porches de hormigón, cientos de pequeñas puertas y de porches de hormigón que protegían el hueco de una escalera donde siempre parpadeaba un neón enfermo o púdico, vacilando sin iluminar realmente lo que esos escondrijos escondían para mí de melancolía, en el olor a col que debía de flotar allí desde el invierno anterior. Todo aquello era tan opuesto al centro relumbrante, alrededor de Arbat la de las hermosas tiendas, la de los antiguos supermercados soviéticos transformados en una versión todavía más lujosa de las Galerías Lafayette o de Bon Marché, ante los cuales rodaban inmensos 4×4 negros con los cristales tintados de los que bajaban, más bien resbalaban, gigantescas rubias envueltas en pieles, encaramadas en lo alto de unos tacones tan finos que a cada instante parecía que fuesen a perforar el macadán y a hundirse, a hundirse en las profundidades de la ciudad: pero la ciudad no decía nada, no se quejaba al ser acribillada por alfileres como una muñeca vudú, muy al

contrario, esa capital soñaba con ser un alcantarillado para poder echar un vistazo, desde el subsuelo, bajo las faldas tan cortas de aquellos verdugos del ladrillo y del deseo que iban a pulirse miles de rublos en encajes importados en el Gum crujiente de oro cuyas guirnaldas brillaban mucho más que el Kremlin, mucho más que San Basilio, mucho más que el sombrío búnker del mausoleo de Lenin, y su ilustre ocupante no debía de quejarse, no, y regalarse de cuando en cuando una erección de cera al paso de aquellos batallones de piernas negras y sedosas que atravesaban la plaza y le cambiaban el ruido de botas de los tiempos antiguos. *La bella de Moscú* había encontrado sus medias, Cyd Charisse se había teñido de rubia, ahora no sentía más que desprecio por Fred Astaire y se pavoneaba del brazo de unos elegantes rusos que tenían toda la pinta de ser riquísimos. Nuestro barrio era muy distinto, arrinconado entre un inmenso gimnasio y la autopista del tercer círculo, Третье кольцо, porque en Moscú, como sucede en Dante, hay círculos, anillos, cinturones de coches inmóviles, una corriente de lava de automóviles cuyos fuegos traseros fluyen incansablemente en la noche que empieza a nacer. Según recuerdo, en Dante el tercer círculo del Infierno está reservado para los golosos incorregibles, también nosotros hubiésemos castigado a esos glotones, verdad Vladímir, te acuerdas, no comíamos nada o prácticamente nada, unos pescados en lata llamados *sprats* con galletas y ya, y eso los días de fiesta. Una vez a la semana más o menos íbamos a un extraordinario *fastfood* ruso llamado Mou-Mou donde se engullen con deleite sopas de remolacha o ensaladas de col. La decoración era de estilo isba, pesadas mesas y sillas de madera, el sistema era el de la cantina o el de la cafetería de un supermercado, cada uno con su bandeja de plástico; avanzábamos progresivamente ante los platos, y de hecho dábamos la misma vuelta varias veces, ante la sorpresa de la cajera que observaba atónita nuestras bandejas vacías, entonces nos poníamos de nuevo en la fila, colocados como íbamos; no teníamos nada de hambre, estábamos allí por la broma y tras la tercera o la cuarta vuelta, cuando finalmente advertíamos, a través de la droga, las miradas cada vez más agresivas de los empleados, cogíamos un *borscht*, o una ensalada Olivier, o unos champiñones gratinados por unos pocos rublos, todo acompañado por zumos de arándano, que a mí me encantaban por el color, de un poderoso rojo, y por el nombre ruso, *morse*, un bicho sin piernas que se arrastraba sobre el hielo con sus dos colmillos y sus bigotes, una bestia que recordaba a los Beatles, y sobre todo a Ringo Starr, pues el animal de la banquisa tenía su mismo mostacho. La enseña del Mou-Mou era negra y blanca, imitando la piel de la vaca; yo pensaba que Mou-Mou significaba

Muu-Muu, pasando de un animal al otro, de la morsa al bovino, todo muy pop, entre los Beatles y Warhol, lo cual nos hacía desternillarnos en nuestra nube estupefaciente, cuando teníamos hambre nos moríamos de risa imitando a las vacas, cantábamos «I am the walrus, kukukechoo», y nos íbamos al Mou-Mou que había delante del gimnasio en la esquina del metro: hoy todo aquello me parece ridículo, casi me avergüenza. Que tú pudieses conocer a los Beatles me resultaba extraordinario, y tú respondiste escuetamente: Date cuenta de que ninguno de nosotros había nacido cuando los Beatles se separaron. Y Jeanne por poco ni nace antes del asesinato de Lennon, añadí entre risas. A Jeanne no le gustaba que le recordásemos que era la más joven, me miró con unos ojos terribles, y a ti te hizo mucha gracia. Había un salvajismo hambriento en Moscú, sin embargo el sistema soviético no había muerto ayer, la Federación Rusa entraba en su adolescencia, hoy es ya una joven mujer hecha y derecha, de vuelta de todo, hasta de la guerra.

En Moscú la primera semana casi ni me atrevía a salir solo, ¿te acuerdas? El metro era una catacumba de interminables escaleras mecánicas adornadas con antorchas, tan profundo, tan profundo que no tenías muchas posibilidades de volver a salir jamás, o acaso transformado en héroe de la Unión Soviética, en minero de extracción o en metalúrgico, pues sus retratos gloriosos adornaban los pasillos; los frescos de esa cripta de la modernidad incluían al Cristo Pantocrátor con casco y una piocha en la mano; al principio para mí las indicaciones en cirílico eran tan claras como los caracteres cuneiformes, y las voces, los pasos de la muchedumbre, la fricción de los zapatos, el murmullo de los tejidos, los sonidos todavía más subterráneos que salían de los altavoces anunciando las estaciones, el rechinar de aquellas largas bestias de metal que se arrastraban por los túneles y el resoplido de todos sus frenos me vertían la angustia en el oído como aceite hirviendo. Recuerdo la primera vez que tuve que bajar yo solo, había quedado con vosotros en alguna parte, contigo y con Jeanne: llevado por la masa líquida de los moscovitas, sujeto a la barandilla de la escalera mecánica mirando al abismo, aterrado y despavorido, un arroyo de gente apresurada fluía por mi izquierda, cascada de anoraks y de gorros, Стойте справа, Проходите слева, yo no me acuerdo de lo que había tomado, qué alcohol o qué droga, pero sudaba despacio con la mirada fija en la primera escalera mecánica, luego la segunda, como si aquel descenso no fuese a terminar jamás, como si fuésemos a pasarnos el resto de la existencia condenados a ir hacia abajo, en compañía de los otros habitantes

de la Caverna, con la única consigna Стойте справа, Проходите слева, de pie a la derecha o pase por la izquierda, hasta el fin de los tiempos, y yo pensaba *Hell is a city much like London / there are all sorts of people undone / and there's little or no fun done*, los versos de Shelley volvían a mi alma enredada en qué sé yo qué sustancia hasta que finalmente llegué al andén, tenía que escoger una dirección, un lado, un tren: los caracteres cirílicos que me había esforzado por memorizar se habían desvanecido, habían desaparecido a manos de Стойте справа, Проходите слева que bailaban ante mí, estaba desamparado en medio de los fantasmas, adónde ir, si me entretenía ante el panel indicador hasta que me cayesen los ojos me empujaban, estaba molestando, imposible descifrar todo aquello con la cabeza mirando arriba delante de aquellas indicaciones en unas ilegibles letras azules. Tenía una posibilidad entre dos, es mucho, pensé, una posibilidad entre dos, todo el mundo jugaría a la lotería si tuviese una posibilidad entre dos, entonces subí al tren de la izquierda que acababa de detenerse en el andén, me abrí paso a codazos hasta llegar al fondo del vagón, muy cerca de aquel plano inútil, demasiado angustiado, demasiado ebrio o Dios sabe qué, contaba las estaciones con los dedos entre la multitud, contaba las estaciones con los dedos diciéndome: Además estos putos drogadictos no tienen móvil, tú no lo tenías por ideología y Jeanne por negligencia, porque tenía un fijo soviético que compartía con la vecina y además no llamaba a nadie, te aseguro que me vi dando vueltas a Moscú en la línea circular durante días, hasta que veinte años más tarde me hallaran muerto y desecado en mi caftán, la capucha sobre los ojos, todavía de pie sostenido por la muchedumbre que no decrece jamás, porque no hay mareas en el metro de Moscú, solo resaca. Ignoro cómo me bajé en la estación correcta; puede que mis ojos hubiesen registrado sin que yo me acuerde la forma precisa de las letras, quién sabe, la cuestión es que me bajé, tomé aquellas monumentales escaleras mecánicas en el sentido opuesto, hacia la luz, y os encontré, muy prudentemente me estabais esperando a la salida. Finalmente las ciudades no nos comen. No nos engullen en sus entrañas, como Jonás, no nos hacen desaparecer en la penumbra de interminables redes subterráneas, nos transforman, son ellas las que nos habitan y no al revés; modifican nuestra marcha, ritman nuestro paso, alteran nuestra elocución, nuestras más íntimas costumbres. Seguramente no podemos ser de forma auténtica sino en el campo, entre las vacas, o en la celda de un monasterio, incluso en el compartimento de un tren entre dos estaciones, con los ojos suavizados por los copos de nieve que comienzan a caer entre Perm y Ekaterimburgo y que me devuelven la blancura de

Petersburgo la inmaculada, una ciudad bien diferente a Moscú, puede que porque Jeanne había detectado mi desamparo moscovita decidisteis llevarme a visitar Leningrado la europea, perla del Báltico, joya de los zares y de los revolucionarios.

Tú y yo todavía nos mirábamos mal. Es decir, sobre todo yo. Nevó durante tres días. Olas blancas atestaban las aceras, el Neva estaba erizado de hielo. Dormíamos en una ciudad universitaria, un poco de tapadillo, una habitación grande con una cama doble y una cama supletoria; no había ni sábanas ni mantas pero nos importaba un bledo, el calor era sofocante, de vez en cuando había que abrir la ventana para refrescar la atmósfera a pesar del frío y la nieve de fuera. Caminábamos durante horas por la ciudad, a lo largo de los ríos helados, junto a coloridos palacios de los que colgaban estalactitas que unos equilibristas rompían desde los balcones para evitar que cayesen sobre los transeúntes, proyectando sobre la acera kilos de hielo o de nieve que se estrellaban haciendo un ruido apocalíptico, caminábamos durante horas a lo largo de la interminable perspectiva Nevski desde la estación de Moscú hasta el Almirantazgo, luego bordeábamos el Palacio de Invierno, atravesábamos el Neva y si no estábamos demasiado reventados íbamos hasta la Fortaleza de Pedro y Pablo e incluso, una vez, hasta el crucero *Aurora*, que parecía tomado por los hielos desde 1918, se hacía extraño imaginar que aquel era el barco que disparó los primeros cañonazos de la revolución, ese crucero a vapor con sus dos chimeneas altas como mástiles, flotando azuladas en la suave luz del invierno. Nos parecía que el sol jamás iba a aparecer del todo, que nunca acabaría de alzarse de verdad y por la noche el Ermitage brillaba en mil fuegos verduscos. De camino siempre nos cruzábamos con escritores, el último apartamento de Dostoievski, el de Anna Ajmátova, la casa de Nabokov cerca de San Isaac o el hotel de Inglaterra donde había muerto Esenin, los rastros de estos genios me hacían sentir un tanto melancólico, todo era blanco, ahogado en nieve, costaba creer que en primavera había insectos y vida en los parques, mariposas para Nabokov el enamorado de los coleópteros, barcos en el Neva, amantes en el puente de madera. Jeanne estaba contenta de verme maravillado, y tú también; te complacía mostrarnos la ciudad de Pedro el Grande, esa belleza barroca al borde del golfo de Finlandia, y nos contabas historias: la de Catalina la Grande y de sus amantes o el destino de Pushkin, nombrado historiógrafo de la orden de los cornudos por sus detractores, lo cual lo obligó a retar a un duelo a quien habría de ser su asesino, tras un fatal disparo de pistola a orillas del río Negro.

Si me acuerdo de Petersburgo, es sobre todo por una noche, estoy seguro de que Jeanne también la recuerda, habíamos cenado en una cantina y bebido bastante, luego volvimos del brazo los tres en medio del frío; compramos dos botellas de vodka (recuerdo que Vladímir había llenado una bolsa de plástico con nieve para enfriarlas durante el trayecto, parecía estar colocando delicadamente dos pollitos en un nido de hielo para transportarlos sin despertarlos) y empezamos a empinar el codo hablando de la historia de Rusia, de Petersburgo y todos sus zares, cuya sala del trono habíamos visto en el Ermitage, del Kutúzov y de los oficiales de la galería 1812, y me sentía bien, extrañamente bien, el vodka estaba fresco y conservaba su temperatura en el alféizar de la ventana entreabierta, fumábamos, bebíamos, nos reíamos, y Volodia ya no me parecía antipático, al contrario, me había seducido con sus historias, su humor, su cultura, su inteligencia, su careto de *mujik*, reíamos más y más, comenzábamos a estar completamente cocidos creo, sobre todo Jeanne, que de repente se acercó a Vladímir diciéndole voy a besarte a la rusa, ya no sé a qué venía eso, puede que porque hablábamos de esa costumbre que Pedro el Grande había intentado prohibir como medida de higiene, el beso a la rusa, Jeanne se inclinó hacia Vladímir y lo besó, yo creo que me reí, creo recordar que todos reímos, luego se sentó de nuevo y nos tomamos otro vaso: cinco minutos más tarde Jeanne estaba de vuelta sobre las rodillas de Vlad y otra vez intentaba besarlo, yo le dije a Jeanne deja de hacer gilipolleces, medio riéndome, ella continuó y Vladímir acabó por dejarse hacer, yo dije Jeanne no es divertido, o algo parecido, pero fue igual tenían pinta de estar pegados el uno al otro por el alcohol, como fija el frío los dedos al metal. Pensé un segundo en el duelo de Pushkin, en el historiógrafo de la orden de los cornudos, yo no tenía ese tipo de coraje, estaba totalmente desamparado, Jeanne estaba medio acostada sobre Vladímir, que trataba débilmente de protestar, murmuré algo imbécil que ella sin duda no oyó, del tipo Jeanne córtate, y salí. Bajé las escaleras, ya estaba fuera, nevaba mucho; me senté con el culo en la nieve en un murete, miré el parque de la residencia universitaria todo blanco, las estatuas inidentificables, montones gigantescos de copos; tenía vergüenza, me sentía idiota y triste. Me fumé un pitillo, luego dos, qué podía hacer, de repente sentí mucho frío, comencé a temblar; vacilé un momento, decidí que morir helado no era una buena idea y volví a subir.

En la habitación la luz estaba apagada, Vladímir roncaba de espaldas en la cama pequeña.

Jeanne también dormía, y cuando me acosté a su lado, ni siquiera mis manos heladas en sus hombros lograron despertarla.

EKATERIMBURGO

Justo antes de su partida a Moscú, mientras yo me dedicaba a dar vueltas por el distrito 18 y me pulía en psicotrópicos de todo tipo la poca pasta que podía tener sin que de ello surgiesen más que páginas en blanco, decidí llevar a Jeanne a Lisboa. No me preguntes por qué, ni siquiera por qué Lisboa, porque era el Atlántico, era un sueño del Atlántico, y más allá América, lo opuesto de Moscú, de Vladivostok y de la inmensidad rusa, un país minúsculo, una última frontera antes del océano, el límite sudoeste de Europa. Le dije a Jeanne ven nos vamos de viaje, de vacaciones, tú y yo, para pasar un poco de tiempo juntos antes de que te vayas. A ella no le apetecía demasiado, Lisboa no la atraía especialmente, decía «Harías mejor en guardarte la pasta para venir a verme a Rusia». Yo no sabía si me apetecía mucho ir a Rusia. Ya verás, te gustará, decía ella. No sé si me ha gustado. Trastornado sí, hasta el punto de hallarme en un tren que avanza hacia la nada tomándose su tiempo. Finalmente nos fuimos a Lisboa, Jeanne estaba distraída, ya estaba en otro lugar, acaso en aquel momento pensaba en ti, acaso sabía que iba a encontrarte, no tengo ni idea. De Lisboa, yo conocía un poco a Pessoa, historias de navegantes, uno o dos viejos fados y ya está. Me gustaba la seca melodía del portugués. Nos instalamos en una pensión desconchada en el corazón de un antiguo barrio árabe llamado Alfama, la Difamada decía Jeanne, muy orgullosa de su juego de palabras. Desde la ventana veíamos tejados, tejados que descendían en suave pendiente hacia el Tajo. Era junio, la ciudad olía a sardina y a cereza, barbacoas por todas partes, en todas las calles el olor del carbón de leña, luego el graso y sofocante de la sardina, a partir de las siete cientos de lisboetas se reunían alrededor de parrillas improvisadas a engullir toneladas de pescado. A Jeanne solo le gustaban las sardinas enlatadas. Estás hecha para Rusia, le dije. No me jodas, dijo ella. No me jodas, quieres que me sienta culpable, que me sienta mal por irme. Si tú te vas no es culpa mía, dije. Por lo menos intentemos aprovechar el tiempo. Y entonces deambulábamos por la ciudad desconocida, un poco azorados, completamente extranjeros; llevé a Jeanne al café A Brasileira, donde hay una

estatua de Pessoa, en la esquina de la plaza Camoes. Ella ponía a mal tiempo buena cara, trataba de estar allí sin conseguirlo, y cuando volvíamos a nuestra pensión sofocante nos asomábamos a la ventana y mirábamos las luces del Tajo, sin decir nada, sin ni siquiera tocarnos, y yo pensaba que estaba contra una pared, que al otro lado estaba América, Kerouac, Carver, América, que Jeanne se iba al lado opuesto, donde Gógol, donde Tolstói, y que yo no iba a ninguna parte, acorralado en París. Antes de dormir bebía un coñac portugués llamado Aldeia Velha, trataba de escribir dos o tres cosas que nunca llegaban, entonces volvía a la ventana a fumar mirando centellear Lisboa. Jeanne ya dormía desde hacía rato. Una de sus piernas asomaba bajo la sábana, por entero, hasta la altura del muslo, hasta su camiseta demasiado corta; respiraba despacio, el rostro medio escondido por su cabello. De cuando en cuando una brisa llegada del océano invadía la habitación y yo tenía la impresión de verla tiritar, había una enorme dulzura en ese momento. Pensé que la amaba de verdad, que si esa frase tenía sentido alguno era entonces, en aquella ciudad que no era la mía, ni la suya, una ciudad roída por la nostalgia. Recordé lo que Jeanne me había dicho aquella misma tarde, no sé por qué pero los zares bebían vino portugués, los zares bebían vino de las Azores, importaban a un alto precio Vinho do Pico, una de cuyas botellas ella había visto en algún escaparate, y fue como si hubiese visto un pedazo del Palacio de Invierno en Lisboa, de repente estaba maravillada. Ahora duerme, seguro que sueña con pequeños osos pardos o con una troica en la nieve, pensé.

La miré mientras dormía y tiritaba en el aire atlántico, me dije que ella tenía suerte y que mi vida estaba bien vacía, y al día siguiente nos fuimos de nuevo hacia el norte.

Los Urales son unas montañas decepcionantes, colinas de suave pendiente cubiertas de alerces donde los ríos han cavado amplios valles, en cuatro o cinco horas estaremos en Ekaterimburgo, Ekaterimburgo, como se llamaba durante la época soviética, ciudad de la masacre y la industria pesada, prohibida a los extranjeros hasta 1990, Vladímir nos llevó en uno de los pocos viajes que hicimos los tres, poco tiempo después de mi llegada a Moscú, una vez zanjados mis interminables problemas de visado que Volodia resolvió acudiendo a una agencia especial para trabajadores emigrantes que corrompía a los funcionarios de inmigración a diestra y siniestra, de repente me llamaba el tayiko, o el uzbeko, en Ekaterimburgo no había nada que ver aparte de algunos viejos edificios constructivistas medio en ruinas y el lugar donde el

zar y su familia fueron pasados por las armas, allí se construyó una inmensa catedral, una inmensa catedral que se suponía que iba a convertirse en lugar de peregrinación para toda Rusia, exactamente lo que los soviéticos habían procurado evitar durante años: hoy se rendía culto a los Romanov santificados en lugar de a los revolucionarios, a los que, tras más de un año de cautividad, habían ejecutado el 17 de julio de 1918. Una terrible historia de ogros revolucionarios: ante el avance de la Legión checa, temeroso de que el zar pudiese ser liberado y convertirse, al principio de la guerra civil, en el abanderado de los blancos, Lenin dio la orden a liquidar a toda la familia: Nicolás II, la zarina, las hijas y hermanas, el zarevitz, y los criados que los acompañaban; fueron llevados a la bodega de la casa donde estaban detenidos, a la bodega el zar y su familia, y los mataron casi inmediatamente: el humo de la pólvora es tal que hay que abrir la puerta y el tragaluz, los cuerpos se hunden bajo las balas, las hermanas del zar gritan de dolor, los rematan a bayoneta, el zarevitz Alexis muere enseguida, de un balazo tras la oreja. Las grandes duquesas tienen el tórax abierto y derraman un mar de sangre y un raudal de piedras preciosas, diamantes, rubíes, esmeraldas, escondidos en sus trajes. Luego los bolcheviques fueron a lavarse las manos, fueron a lavarse las manos y amontonaron los cuerpos imperiales en un camión, después de haberlos aligerado de sus objetos personales. Pienso en el chófer de ese vehículo, imagino a un gentil revolucionario con bigote y gorra gris, sus manos sudorosas en el volante, conduce despacio, siente cómo su triste carga se bambolea con los baches, conduce al emperador hacia su última morada, un hoyo sin nombre fuera de la ciudad, y por más revolucionario y convencido que sea está emocionado, está emocionado porque lo que lleva en su carreta es un pedazo de Rusia, un gran pedazo de Rusia, los descendientes de los primeros reyes de Kiev, de los zares medievales, de Iván el conquistador de Kazán, de Pedro el reformador y de la Gran Catalina, y están todos allí detrás en ese camión, todos muertos, y pesan mucho, tanto que a la máquina le cuesta superar los treinta por hora, el volante tiembla, él sabe que todo aquello ha terminado, que todo ha terminado, que la gran ola de la Revolución acaba de abolir el mundo antiguo y a pesar de todo su fervor rojo, a pesar de toda su fuerza de convicción, el hombre de la gorra gris tiene un poco de miedo, en el alba triste, tiene un poco de miedo de ese frágil titán que tan fácilmente destruye la Historia a su paso, entonces acelera, acelera para olvidar y arrojar toda esa nostalgia al fondo de una fosa antes de pasar a otra cosa e ir a olvidarlo todo en el alcohol, con los verdugos, que ya están ebrios.

Hoy Ekaterimburgo cultiva torres de cristal y de metal, cerca de un siglo más tarde, los revolucionarios han resistido ochenta años, ochenta años antes de que fuesen desenterrados aquellos restos imperiales para enterrarlos con gran pompa en su capilla en Petersburgo y se construyese ese deslumbrante santuario, rebotante de iconos, al que acuden las beatas tocadas con un pañuelo a encenderle un cirio al pequeño Alexis, el niño asesinado, víctima de su sangre real. Qué entendía ese muchacho de los trágicos acontecimientos que iban a barrerlo, en qué piensa en el momento en que lo hacen bajar a la bodega, lleva un año detenido, acaso sabe que se burlan de los amores de su madre y de Rasputín, que hacen a su padre responsable del derrumbamiento y de la pobreza, acaso puede pensar que va a morir aquella noche, porque unos soldados checos de los que él lo ignora todo se acercan a la ciudad y amenazan con tomarla, seguro que no. Pobre Alexis, esto es muy triste: había que amar mucho a la Revolución para perdonarle semejante cosecha de vidas humanas, amarla mucho.

En París después de la partida de Jeanne a Moscú yo no pensaba mucho en la revolución, me dedicaba a dar vueltas por la ciudad del gran patíbulo y de la Rueda, sin hacer nada más que buscar el olvido y el placer en productos prohibidos o legales pero difíciles de conseguir, adelgazando día tras día, sin apetito, sin deseo, cuando el dinero escaseaba me refugiaba en el *whisky* barato de marcas desconocidas, diferentes cada vez, cuyos nombres vagamente escoceses eran siempre divertidos, aunque el líquido no fuese muy agradable de beber. Recorría *Almas muertas*, a menudo Jeanne me había leído algunos pasajes, en francés afortunadamente, sin que eso la verdad me diese ningunas ganas de ir a Rusia, todo allí era tan ruidoso, tan excesivo, tan lejano de Carver. Releía *Catedral* tratando de escribir un relato cuando pillaba el puntillo, pero nada funcionaba, ni la diamorfina, ni el opio cuando podía conseguirse, ni el alcohol cuando no había otra cosa, nada funcionaba, ni siquiera la literatura rusa, yo quería escribir un relato para Jeanne, un texto que hablaría de ella, una hermosa historia donde ella sería hermosa, y no lo conseguía. Siempre tenía su frase en la cabeza, siempre, me decía «Tu problema es que escribes para beber, y no a la inversa», seguramente tenía razón, yo quería un nombre de escritor, un destino de escritor, una vida de aventuras, de placer y de libertad sin tener realmente ganas de cargar con la escritura, el trabajo, atrapado en un sueño de niño. Y un día que acababa de hablar con Jeanne desde una cabina telefónica, en esa tristeza que solo noviembre sabe fabricar, noviembre y París, vi un libro con el rabillo del ojo en la parada de un librero de viejo del muelle Voltaire; se llamaba

simplemente *En Rusia* y lo firmaba Olivier Rolin. Llevaba tres monedas en el bolsillo, lo compré pensando que era un presagio afortunado, caer sobre ese libro justo después de hablar con Jeanne. Yo no sabía nada de aquel autor cuyo nombre tenía algo familiar, sencillo y próximo. Volví a mi casa a pie, con la voz de Jeanne en la cabeza, su hermosa voz, y apenas llegué me puse a leer, aquel viaje era magnífico, la Rusia de ese Rolin era cautivadora, llena de bellos alcoholes y de nostalgia. Al final del libro había una historia de un insecto verde llamado cetonía, del que nunca había oído hablar, y que según el autor es muy común en las llanuras rusas; el viaje acababa con estas palabras: «Las páginas de los libros son pétalos que roe el escarabajo verde del olvido».

Cerré despacio aquel pequeño volumen, miré mi pluma, mis lujosas libretas desesperadamente vacías, mi vaso, mi botella, mis estanterías, el apartamento mugriento, la vajilla acumulándose en el fregadero; pensé que no había muchas cosas realmente importantes en la vida, ni las obras que uno escribe, ni los libros que lee, ni el destino, todo acababa engullido por un bicho minúsculo como una frágil flor, estaba triste, triste y al mismo tiempo alegre, entonces cogí el único objeto valioso que poseía, mi único tesoro, la primera edición de *Panamá* firmada por la mano única del gran Blaise Cendrars, encontrada por casualidad en una tienda de antigüedades de provincias, un poco roído por la humedad. Cogí *Panamá* bajo el brazo sin reflexionar, trastornado por Rusia, por Jeanne, por ese Rolin y su escarabajo; casi corrí hasta la tienda de un librero de lujo de la calle de Odéon, y de inmediato vendí ese *Panamá* por la suma que me ofrecieron, sin negociar nada, sin ningún dolor, ningún pesar.

Lo vendí, volví a casa, puse un poco de orden, me tomé una copa y me adentré en un sueño alegre, los dedos de Jeanne me acariciaban el pecho despacio, como un asombroso insecto.

Y quince días después, quince días después despegaba hacia Moscú.

NOVOSIBIRSK

Ya casi estamos Vladímir pronto llegaremos al final del viaje, el final del viaje, ya casi hemos llegado, este Baikal Express con destino a Irkutsk pronto estará en Novosibirsk, va a haber que bajarse, gandul, vas a tener que levantarte de esa cómoda litera, desatornillar tus ojos del paisaje y bajar, bajar y recorrer Novosibirsk a orillas del Ob, el primer gran río siberiano que voy a ver, hermano pequeño del Yeniséi, del Lena y del Amur, esa víctima fluvial de lejana homofonía con un sentimiento destructor que también puede helarse en invierno. El Ob es efectivamente majestuoso, extraordinariamente ancho, qué voy a descubrir en Novosibirsk, tendré que sacar fuerzas de flaqueza, habrá que ser fuerte. Si me quedase aquí recostado en este compartimento resbalaría hasta el lago Baikal; me lo imagino liso, sin la menor arruga, envarado en un invierno interminable. Me pregunto si un día lo veré. Me pregunto si un día veré el Pacífico, y Vladivostok, última estación del tren más largo del mundo, me acuerdo ahora de haber leído en *Tiempos salvajes* de Joseph Kessel la historia de un horrible tren que llegaba a la estación de Vladivostok; un tren fantasma, todos sus pasajeros habían muerto de tifus, sus cadáveres hormigantes de piojos, tras un periplo de sabe Dios cuántos días en plena guerra civil, pase lo que pase el tren te lleva a su destino, suceda lo que suceda llega a la última estación, incluso conducido por la propia muerte, te das cuenta Vlado, también tú, hemos traído tu espectro hasta aquí, hasta tu casa, me pregunto qué hubieses dicho al llegar: «Atención, Novosibirsk es una de las ciudades más feas del mundo, prepárate», y seguro que habrías añadido que no obstante el río era magnífico y que había un gigantesco museo ferroviario al aire libre, con decenas de locomotoras rutilantes a pesar de su edad y vagones de gran lujo tan antiguos que el propio zar Nicolás II habría viajado en ellos, y te extasiarías ante el tamaño de la estufa de carbón para calentar el susodicho vagón, ante la comodidad del salón, ante las cortinas, imaginarías atravesar la Santa Rusia hace cien años bebiendo vino de las Azores y fumando, despacio, un puro importado de Cuba a un alto precio; tu edecán vendría de cuando en cuando a mostrarte la posición del tren en un

mapa desierto, un mapa vacío y verde, con algunos puntos negros de una aldea salpicando aquí y allá la línea blanca de la vía férrea. Entre Ekaterimburgo y Novosibirsk he visto pueblos como el tuyo, casas de madera pintadas de un color y cercadas por una barrera de tablas que delimita un pequeño jardín, casas que recuerdan a una vida de otra época, imagino que en invierno la nieve lo cubre todo de un blanco perfecto únicamente aliviado por los rojos, los azules de las cercas y las viviendas. Hasta un cementerio vi, Vladímir, un magnífico cementerio, con las cruces de madera también pintadas y las tumbas circundadas por un pequeño parque, uno diría que un lugar mágico donde enterrar muñecas, muñecas rusas, como nosotros tres, tres *matriochki* encajadas una en la otra se han separado, yo era la más pequeña, yo era la más pequeña, Vladímir, me aprovechaba de vuestro calor, del de ambos, en esa cavidad de amistad olvidaba mi vacío interior, he ahí el cementerio donde habría que enterrarte, Vladímir, y a mí también, pasaríamos la eternidad despertándonos alegremente por el tráfico de los trenes que van hacia Oriente, o de los que vuelven, codo con codo, bien cómodos, y saludaríamos con la mano a Jeanne, a unos pasos de aquí, ella viva, en la ventana de su cupé a todo vapor. De nosotros tres Jeanne ha sido la única que ha conseguido seguir con vida, ha sabido evitarnos, mantenerse a distancia, sufrir, pero desde más lejos, conservando la determinación del príncipe Bolkonsky ante la batalla, la fuerza de su voluntad, porque Jeanne no es la pequeña princesa que se deja morir tontamente en el parto o por una enfermedad cualquiera, es un portento, yo sé que si decidiste terminar es porque tú no la tenías, esa fuerza, te abandonaste al accidente, a los riesgos de la vida hasta palmarla, porque no sabías cómo salir de esta historia, igual que yo, también tú sabías que ibas a perder a Jeanne, que ella estaba construyendo su camino en la vida mucho más recto que el nuestro, con pico y pala, con un hacha, ella tenía la fuerza de sus sueños mientras que nosotros, nuestros sueños de niños se volvían más pequeños a medida que crecíamos, eran cortos, ínfimos, eran vanos, forzados, cercados como esas pequeñas tumbas siberianas, el tren va a llegar Vladímir, el tren está en el andén, va a haber que bajarse, después de más de tres días en el camino. Tres días sin salir apenas de este reducto, de esta jaula panorámica con vistas al campo. Nosotros soñábamos con una muerte completamente distinta, lo sé, soñábamos con una muerte completamente distinta, nosotros que nunca conocimos ni la revolución, ni la guerra, soñábamos con un sacrificio, con una nobleza, con un valor y puede que tú alcanzases esa nobleza y ese valor, como Taras Bulba, que al morir se pregunta por la suerte de sus cosacos, tú tuviste un

último pensamiento para mí, para Jeanne, para el mundo, para el infinito torbellino del mundo, para el olvido que roe todos los nombres y todas las páginas, y marchaste hacia la nada.

El frío es intenso, pero no es el frío.

El andén ya no vibra, está tranquilo, mis pies no se fían de sus dedos.

Hasta la luz es diferente cuando uno baja.

Los viajeros miran a izquierda y derecha, perdidos, a diferencia del tren, el andén no indica dirección alguna, puede recorrerse a contracorriente.

Yo camino; los pasajeros se han orientado y su flujo me guía hacia la salida, la estación atestada y ruidosa, un inmenso panel luminoso de información anuncia Moscú, Irkutsk, Vladivostok, aquí estoy. Por qué he venido hasta Novosibirsk, Jeanne ya me había prevenido, ese viaje no va a ninguna parte, un esfuerzo inútil, he venido para resucitarte, para morir también yo, para reunirme contigo creo y encontrar para los dos una tumba siberiana, y en estos primeros pasos en tierra firme de Siberia, un auténtico suelo y no el del tren, me cuesta andar y tengo frío.

Nunca llegamos hasta el final de los viajes, siempre nos paramos antes, la estación de Novosibirsk está a medio camino, a medio camino, ahora me doy cuenta, a medio camino entre Moscú y el Pacífico, a medio camino entre nosotros, en un vacío, en el corazón de un triángulo, en el baricentro de Rusia, en el vacío, y no hay nada más que una ciudad batiéndose contra los bosques y el invierno, una ciudad de fábricas de camiones, de aviones, de carros o Dios sabe de qué otra cosa, acaso fabriquen los cohetes que estrían el cielo para llevar a los hombres a las estrellas, acaso satélites, quién sabe. La estación es glacial y no hay nada de amistoso en estos viajeros que llegan o se van, nada. Te he perdido Vladímir, también he perdido a Jeanne y estoy muy solo. El otoño me hiela. El río está muy cerca, detrás de las vías, se siente su aliento helado. La estación es hermosa, me recuerda a las de Moscú, las hermosas estaciones de Moscú, Jeanne no está ahí para esperarme, también tú debiste de decirte eso mismo al llegar a tu destino, en tu tren de muertos de camino al Pacífico, Jeanne ya no estará allí para esperarme. Delante de la estación hay un inmenso hotel soviético, un mastodonte de veinte pisos, voy hacia allí. Voy hacia allí y qué voy a hacer, tomar una habitación, esperar, mañana puede que vaya hasta tu pueblo y qué, qué voy a hacer, ya no hay nada en Novosibirsk, nada, eso al partir ya lo sabía. Las cosas son tan frágiles,

tan frágiles, los recuerdos, la felicidad, las canciones, los abrazos, los deseos, hay que moverse, tomar trenes, irse de aquí, de allí, errar por Rusia.

La empleada del hotel me da una habitación en el piso quince, con vistas a las vías, los trenes y, más allá, al río que se tiñe de rosa en el alba.

*Me gustaría
Me gustaría no haber hecho nunca mis viajes
Esta noche me atormenta un gran amor
Muy a mi pesar pienso en la pequeña Jeanne de Francia
Es por una noche de tristeza que he escrito este poema en
su honor
Jeanne
Estoy triste estoy triste
Iré al Lapin Agile a rememorar mi juventud perdida
Y beber algunas copas
Luego volveré solo
París
Ciudad de la decapitación, de la guillotina y de la carreta.*

¿Por qué vuelven ahora estos versos a mi memoria? ¿Por qué?

Vladimir, Jeanne, París, Moscú, Novosibirsk, los trenes han acabado de correr a lo largo de las vías, los trenes han acabado de correr.

He venido hasta aquí para desaparecer, me doy cuenta como Jeanne se dio cuenta en Moscú, he venido porque mi deuda contigo es demasiado inmensa, tan grande que me es imposible aceptarla, Volodia, uno no lega un amor cuando se va, se lo lleva consigo.

Me acuesto en la cama mirando a la ventana, pero todo está inmóvil. No hay ningún movimiento en el paisaje. Sobre la mesilla de noche, un teléfono; podría llamar a Jeanne, ya sabes, podría llamar a Jeanne y decirle lo siento, perdón, o cualquiera de esas estupideces que se dice la gente, o puede que la gente tenga razón, me gustaría llamar a Jeanne solo para oír su voz, para oírla respirar, tan lejos, en Moscú, a cuatro mil kilómetros de aquí, hace tanto tiempo, ya sabes, tanto tiempo que conozco esa respiración, esa vacilación ante ciertas palabras, ante las palabras de amor, sé que nos costará colgar, sé que permaneceremos silenciosos después de nuestros adioses en silencio, nos hemos hablado tanto tiempo por la noche, tanto tiempo, hemos jugado tanto tiempo a morir. Te comprendo, las únicas veces que supimos ser verdaderamente tres, verdaderamente, fue cuando cantábamos, puede que sí. Nosotros nos excluíamos uno al otro, Vladimir, en nuestras largas

vacilaciones, en nuestro pudor. Lo siento. Siento los momentos vagos, los momentos de ternura, la imposibilidad de admitir que éramos tres, esta terrible moral biológica que nos condena a la biyección, a la simetría. Jeanne jamás dijo nada. No nos excluyó ni a uno ni al otro. Nosotros nos hemos rechazado, tú y yo, frente a la aguja de una brújula. Yo me fui porque Jeanne me pidió que me fuese, ¿y tú? No hay accidentes. Te dejaste comer poco a poco por la noche.

Como yo.

Y en la soledad de esta habitación de hotel, en Novosibirsk, ciudad del frío, del Ob silencioso y del hielo, voy a dormirme. Voy a dormirme, voy a tragarme estas pastillas que llevo en la maleta. Estas moléculas que tanta felicidad nos dieron, voy a tomarlas para dormirme, voy a tragármelas con un gran vaso de agua siberiana; pensaré en Jeanne, pensaré en ti, a quien voy a ver de nuevo, pensaré en tu mecedora, en esa canción tan hermosa y tan alegre y tan triste porque el sueño es lo que más se parece a la muerte, voy a abandonarme a tu mecedora, a dormirme escuchándote, voy a dormirme escuchándote y a tomar en sueños la delgada mano de Jeanne, con estas venas prominentes que me gustaba recorrer con el dedo, y estaremos los tres, en este sueño, y pensaré en ti, una última vez, y me dormiré.

Еще не умер ты, еще ты не один, *no estás muerto todavía, todavía no estás solo, estoy aquí contigo, sé que me oyes. Deja que te hable, vengo a romper este silencio. Vengo a tomarte de la mano, me toca a mí. Cuando saliste de Moscú yo sabía que no volverías; lo sabía como sabemos que la tierra gira, o que los tiempos se acabarán, sin ser del todo conscientes. Voy a repetirte estas palabras hasta que te despiertes. Еще не умер ты. No me iré de aquí. Estamos muy lejos de Montmartre. Te espero. Me dicen que aún queda alguna esperanza, que estás en un gran sueño nuboso, que tu cerebro funciona despacio. Vas a despertarte y partiremos a un largo viaje, esta vez iremos hasta el Baikal, hasta el Pacífico, en invierno, cuando todo será uniforme y tranquilo; hasta el Baikal, ¿me oyes? ¡Hasta el Pacífico! Estaré junto a ti, en un cupé que abrirá la noche, la cama inmensa de la nieve, gris bajo las estrellas. Te quedan trenes que tomar, manos que coger. No te vayas sin mí, te lo ruego. Los médicos dicen que no hay nada decidido, así que voy a quedarme aquí. Has llegado hasta Novosibirsk. Resiste un poco, y verás el resto del camino hasta el fin del continente. Si quieres, después de Vladivostok volveremos a Moscú; nos haremos un té y nos meteremos en la cama, el uno contra el otro, y será todo dulzura, te lo prometo. Por la noche nos abrigaremos, nos pondremos gorros y guantes e iremos a patinar, o a ver*

una obra al teatro Taganka, o a tomar unas copas en un sitio chic a orillas del río, y eso te hará reír, lo haremos todo una cosa tras otra y luego nos comeremos una patata hirviendo en el quiosco, o te llevaré al Mou-Mou a las tres de la mañana y devoraremos esos chismes asquerosos con setas y crema, como con Vladímir, o si quieres volveremos a París, y yo iré contigo a París, esta vez veré tu buhardilla real, como tú decías, eso también estaría bien. Estaría bien ir a Berlín, a Barcelona, a Budapest, todos esos lugares que te hacen soñar, será como en Moscú hace mucho tiempo, nos divertiremos, aprenderemos cosas nuevas tendremos frío o calor nos detestaremos a veces, solo a veces, porque tendremos demasiado calor o demasiado frío porque nos amaremos demasiado o no lo suficiente pero no te vayas, para vivir todo eso tienes que quedarte, no puedes evaporarte en Siberia en una cama de hospital, no puedes, escúchame por una vez.

La enfermera me oye hablar en francés y se calla.

Parece conmovida por nuestra juventud, te encuentra demasiado joven para estar aquí, ¿te das cuenta? Ella sabe, confía en ella. No te ha llegado la hora, créeme, es un accidente; es un accidente más. No puedo perderos a los dos, no puedo perderos uno tras otro, no es posible. Tienes que quedarte conmigo. Sé todo lo que has perdido, también tú, no te preocupes, lo sé, una terrible sequedad que te asalta y te impide respirar cuando vas a dormirte, sé lo que es eso; cuando crees que vas a adormecerte te asfixias y te despiertas una y otra vez, conozco esa sensación, no podemos dormirnos sino por descuido, de día, en el metro o en el autobús, como sin darnos cuenta, el resto del tiempo es imposible. Nos persiguen. Cada gesto. Me deshice de la radio porque cuando me levantaba por la mañana estaba encendida; me lo encontraba allí, sentado delante de un café y de la radio, así que tiré a la basura el transistor y bebo té. No puedes enfadarte conmigo. No puedes enfadarte contigo. Lo he entendido, ya lo sabes. Lo he entendido con esos ganchos en la piel de mi espalda en medio de aquel club para tatuados en Moscú donde fingía que llegaba al éxtasis suspendida del techo y sangrando, lo he entendido, he visto la inmensa culpabilidad que nos atenazaba, perdóname, sé que estás enfadado contigo porque crees que te quería más que a él, sé que él murió por la misma razón, no tienes ni idea, no quieres saber, no quieres que te hable de él pero es demasiado tarde.

Quédate.

Vuelve.

Tengo que decirte algo, nunca me acosté de verdad con Vladímir, jamás hicimos el amor de verdad, esas cosas tienen su importancia, o no la tienen,

no llegó a... a penetrarme, tienes que saberlo, es terriblemente íntimo decir esto, pero es verdad él salía a follarse a chicas desconocidas a las que tomaba contra la pared o en los baños de un local nocturno pero yo no, era como un virgo muy tierno, te veía por la noche, me acariciaba un poco y se ponía nervioso, se levantaba se apartaba iba a beber o a fumar o a pincharse en un rincón y luego volvía, trataba de... de metérmela como decís vosotros e inmediatamente estaba flojo, se ponía nervioso y luego se reía y me hacía gozar con sus dedos, perdóname, él buscaba excusas, el alcohol, la droga o el invierno, y yo me sentía perdida, me quedaba sin hacer nada no debería estar contándote todo esto pero tienes que saberlo. Él no quería, creo, a pesar de todo el amor que sentía por mí, por ti, no quería, así que no pienses en eso y vuelve.

Vuelve aunque solo sea porque ahora sabes que Vladímir era como tú, que en el fondo sentía vergüenza y miedo, vergüenza de sí mismo y miedo de hacerte daño, y que tú hayas desistido no cambiaría nada para él, ni siquiera después de vuestra discusión de machos borrachos, de osos compartiendo una hembra, yo lloré mucho cuando lo supe, lloré mucho antes de que me diese igual porque vosotros erais dos idiotas que no veíais la suerte que teníamos, la suerte de querernos tanto los tres, vosotros no os acostabais juntos, de acuerdo, pero sí teníais vuestros rituales, vuestros abrazos, para vosotros yo era material fungible, Jeanne que está siempre ahí para los dedos de uno o la polla del otro, y ahora todo eso ya no importa, porque habéis decidido iros, iros y dejarme aquí, a medio camino.

En este hospital de Novosibirsk donde no dices nada, atrapado en tu último viaje. Pero no estás muerto todavía no estás solo, yo estoy aquí.

También yo podría haberme ido.

No en un tren hacia Siberia, claro, pero podría haberos dejado con vuestras historias, a los dos, no lo hice, por ti, entre otras cosas, por él también, porque todo esto es complicado.

Lo he entendido enseguida.

He entendido que Rusia se nos comía como un ogro.

Todos esos relatos, todos esos cuentos, todas esas canciones.

Vamos por delante.

Siempre vamos por delante.

Lo que lo ha estropeado todo es que yo estaba enamorada de ti. De ti, pero también de Rusia, de su lado salvaje, de Volodia, que siempre salía cantando.

Vamos por delante.

Somos trenes que se han cruzado en una vía única, la de Rusia a todo vapor, de Moscú ardiente y fría, de los Urales misteriosos, llevados por ríos interminables.

Nos hemos perdido.

Ahogados en los traqueteos de un viaje de 8000 verstas, desaparecidos en la bruma, nos hemos perdido, así que vuelve, vuelve, sal de ese silencio, guiado por la estrella del recuerdo de Vladímir, el rey del mundo, es lo que él hubiese querido, lo sabes tan bien como yo, él hubiese querido que fuésemos felices, que tuvieses éxito, que abandonásemos la dulce violencia rusa, que escribieses libros, libros y libros, tenía prisa por leerte, te acuerdas, te animaba, no pienses más en el escarabajo verde del olvido, ven, vive, trabaja, hazlo por Volodia si no lo haces por mí, si hay algo que se ha roto, si ya no me quieres llévalo a él, sobre tus hombros, llévalo como una medalla alrededor de tu cuello.

Mira, por la ventana se ve el río siberiano del alba, ya, metálico e irisado.

Tu corazón late en mi mano, nuestros corazones laten en nuestras manos, todos los corazones laten en todas las manos.

El sol acabará por salir.



Mathias Énard nació en 1972 en Niort, Francia. Tras cursar estudios de árabe y persa y pasar largas estancias en Próximo Oriente, se establece en Barcelona en el año 2000, donde participa activamente en varias revistas culturales, entre ellas la extinta *Lateral*. Miembro del consejo de redacción de la revista *Inculte* en París, en 2005 fue elegido escritor residente en la prestigiosa Villa Médicis de Roma, y hasta 2009 ejerció de profesor de árabe en la Universidad Autónoma de Barcelona. Mathias Énard es autor de las novelas: *La perfección del Tiro* (2004), *Remontando el Orinoco* (2006), *El manual del perfecto terrorista* (2007), *Zona* (2008) y *Habladles de batallas, de reyes y elefantes* (2011). *El alcohol y la nostalgia* es su nueva novela.